

cavaciones llevadas á cabo en nuestros días en las ruinas de Nínive, Babilonia, Tebas, Pompeya y Herculano han evidenciado la fe del mundo pagano en lo sobrenatural; las vetustas ciudades de Méjico, exhumadas de sus tumbas, dan idéntico testimonio.

La mayor parte de los objetos encontrados á este y al otro lado del Océano son religiosos, y los restos más importantes, y frecuentemente los mejor conservados, son restos de templos, altares y estatuas de dioses y diosas. Roma ostenta aún sus templos de la Paz, de Vesta, de Venus, de Faustina, y qué se yo cuántos más. Difícilmente habrá ninguna de nuestras antiguas ciudades que no conserve alguna prueba material de un culto cualquiera que practicasen los paganos.

Continuaremos este mismo asunto: se acerca la hora del correo, y cierro esta carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMATERCIA.

SUMARIO: Nueva prueba de lo sobrenatural: la creación.— El hombre no vive más que de lo sobrenatural y en lo sobrenatural.—Refutación de las objeciones.—De dónde proviene la negación de lo sobrenatural.—Se le tiene miedo.—Por qué.—Última palabra de todos los incrédulos y filósofos anticristianos.—Postdata.

QUERIDO AMIGO:

Es un hecho incontestable que siempre y en todas partes, sin diferencia de clima ni grado de civilización, el género humano ha creído en lo sobrenatural, lo ha practicado y por él ha regulado su conducta. «Convenimos en ello, responde Vacher y su escuela; mas sostenemos que en esto el hombre se ha equivocado».

Ya lo ves: siempre el mismo refrán y la misma pretensión. Acusan de alucinación y demencia á todos los hombres, y se declaran á sí mismos los únicos cuerdos, los únicos ilustrados entre todos los mortales. ¿No es eso, como antes decíamos, un portento de soberbia, ignorancia y locura?

Pues todavía hay otro mayor. Después de

haber negado al género humano el uso de la razón, se lo niegan á sí mismo. No sólo la razón; los ojos, las orejas, todos los sentidos dicen cada hora, cada segundo, no sólo que lo sobrenatural existe, sino que el hombre no vive sino de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. De modo que nada hay más verdadero que el dicho de San Pablo: «En él vivimos y nos movemos y somos» ¹. Un instante de reflexión basta para probarlo.

¿Acaso el hombre no vive de la creación y en la creación? ¿Y puede concebirse nada más sobrenatural que la creación en su acto primero y en su acto segundo? En su acto primero la creación consiste en hacer pasar algo de la nada al sér. Entre lo que es y lo que no es hay distancia infinita. El hacer franquear esa distancia sólo pertenece á un poder eminentemente sobrenatural. En su acto segundo la creación consiste en conservar el sér ya dado. Este nuevo acto no es ménos sobrenatural que el primero, puesto que la conservación de los séres no es otra cosa que continuar su creación.

Lo mismo que tú, mi querido Federico, y

¹ «In ipso enim vivimus et movemur et sumus». (Act., xvii, 28.)

lo mismo que yo, y lo mismo que todos los demás mortales, nuestros pequeños incrédulos viven de la creación y en la creación; es decir, de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. Si no hubieran repudiado su razón como un marido libertino repudia á su mujer virtuosa, ó más bien, si no la hubieran sacado los ojos como á los emperadores del Bajo Imperio, no podrían levantar la vista al cielo, ni bajarla á la tierra, ni extenderla en su alrededor sin percibir y bendecir y adorar lo sobrenatural.

Cabalmente para esto, y sólo para esto, han sido hechos todos los séres. El universo entero es un inmenso espejo, donde el hombre puede y debe leer la existencia, el poder, la sabiduría y la bondad del Sér sobrenatural que lo creó. ¡Ay del hombre si así no lo hace!¹

Para eximirse de este deber, que por cierto es tan consolador, se contentan con decir: «Nosotros no admitimos la creación».

¡Vosotros no admitís la creación! Admitís, pues, efectos sin causa, ríos sin fuentes, ca-

¹ «Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur; sempiterna quoque ejus virtus et divinitas; ita ut sint innexusabiles, quia, cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt aut gratias egerunt». (Rom., i, 20-21.)

sas sin artífice , relojes sin relojero , cuadros sin pintor.

Añaden: «No nos entendeis. Cuando decimos que no admitimos la creacion, esto significa que no admitimos el acto creador por el cual un poder infinito haya hecho de la nada todas las cosas».

Por lo ménos admitís que existen esas cosas, el cielo, la tierra y todo lo que contienen, incluso vosotros mismos. Para explicar su existencia no hay más que tres medios: creer que son obra de Dios, decir que el hombre las ha hecho , pretender que se han hecho á sí mismas. Vosotros rechazais con desden la primera explicacion; quedan, pues, la segunda y la tercera.

Cuanto á la segunda, ni siquiera vosotros la creéis. ¿Qué! ¿Será el hombre quien ha hecho la tierra y el mar , los animales terrestres y los peces? ¿Será el hombre quien ha hecho el cielo , y fabricado y suspendido en el firmamento los millones de globos inmensos que ruedan sobre nuestras cabezas? ¿Y cómo es que ahora no hace nada semejante? ¿Cuándo ha perdido su poder? ¿Por qué se ha declarado en huelga?

¿Será el hombre, esta pequeña hormiga encaramada en esta pequeña mota de tierra, que

teniendo todos los elementos necesarios, suda agua y sangre para edificarse una casa? ¿Será este pequeño insecto el que habrá hecho el sol tantos millones de veces más grande que nuestro globo , y lo habrá lanzado á treinta millones de leguas de la tierra y lo sostendrá en el vacío? Para rematar semejantes pretensiones basta con exponerlas; el absurdo no se refuta.

Vengamos á la tercera explicacion, la cual consiste en pretender que las criaturas se han hecho á sí mismas. Con decir que se han hecho á sí mismas, reconocéis que no son eternas, y teneis razon. No tienen ninguna de las cualidades del sér necesario: ni la inteligencia, ni la libertad, ni la inmutabilidad. Todas están sujetas á mutabilidad, descomposicion y muerte.

Mas si no son eternas, luego hubo un tiempo en que no existían ni en sus elementos ni en sus formas. Si no existían, no eran nada. Luego, según vosotros, la nada habría hecho algo, la nada hace al sér, ¡la nada lo ha hecho todo! Sólo las tragaderas de un materialista son bastante anchas para colar semejante lagarto. Digeridlo si podeis; os dejo en paz.

Véase, pues, reducida á su justo valor la

demostracion de ese pobre Vacher y de su escuela, hoy día tan numerosa, contra Dios, el alma, lo sobrenatural y la fe del género humano en todas esas verdades, y señaladamente en la vida futura.

Pregúntasme que de dónde les vienen á esos hombres, bautizados como nosotros, esa rabia de negar, esa fiebre del absurdo, esa precision de degradar al hombre hasta el punto de convertirlo en un *puñado de lodo*, en el sér más infeliz de la creacion, sin recompensa para sus virtudes, sin compensacion para sus lágrimas, sin otra vida que la muerte viviente de acá abajo. Facil es la respuesta.

Lo sobrenatural les estorba. A toda costa se lo quieren quitar de encima; y así niegan como desesperados, sin pararse ante ningún sofisma, ante ningún absurdo, ante ninguna evidencia. Antes, todo lo que habla del orden sobrenatural les irrita, y á falta de razones acuden á las injurias, á las estúpidas risotadas y aun á la violencia.

Así se explica eso que hace bastantes años estamos presenciando: el rugir de todas las pasiones, el torrente de ultrajes inauditos contra lo sobrenatural, bajo cualquier nombre, forma, acto ó persona que se manifieste; al presente la guerra encarnizada contra la

Iglesia; para en adelante amenazas que hacen temblar.

¡Vano empeño! No pueden arrancar la fe de su propio corazón. A pesar de todo se ven precisados á decir, como uno de sus oráculos, á la vista de la creacion:

Me pára el universo; yo no no puedo
Admitir tal reloj sin relojero.

Con mayor razon la implacable evidencia viene á darles tormento con el espectáculo de la Iglesia católica, que es la más elocuente manifestacion de lo sobrenatural. A despecho de ellos, sus propias blasfemias son la prueba de su fe. *No se aborrece lo que no se teme, ni se teme lo que no se cree.*

Mas, en fin, me preguntas: ¿por qué ese odio á lo sobrenatural? Para vivir según sus pasiones. En todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los hombres, la incredulidad y la corrupcion se dan la mano. Tres mil años hace que el espíritu de Dios decía por boca de David: «Dijo en su corazón el impío: No hay Dios». *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* He ahí el horror á lo sobrenatural, ó la incredulidad.

Y se convirtió en un hombre de crímenes, en una cloaca de abominaciones. *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt.* He ahí la co-

rrupcion. Desde entonces nada ha cambiado. «Largo tiempo creí yo, decía Rousseau, que se podía ser virtuoso sin religion; es un error, de que me he corregido». Su testimonio es irrecusable, pues toda su conducta prueba esa verdad.

No ser virtuoso, ó vivir á merced de sus pasiones, es una misma cosa. Vivir según sus pasiones, es vivir la vida de los sentidos, la vida de las bestias, y de las bestias inmundas. El hombre tiene que ser angel ó bestia; tiene que adorar el espíritu ó la carne, al Dios altísimo ó al dios de los abismos; no hay medio posible.

La nobleza misma de su naturaleza se opone á que lo haya. A medida que se cae de más alto, se cae más hondo. *Corruptio optimi pessima*. Puerilidad sería creer que los enemigos de lo sobrenatural hacen alardes de incredulidad únicamente por el necio placer de llamarse incrédulos. Debajo de sus palabras se oculta un interés de su corazón. *No se quiera la libertad de pensar, sino para tener la libertad de obrar.*

«He visto de cerca, escribió hace poco un hombre de mundo, á los descreídos de nuestros días. Cuarenta años de experiencia me han permitido ver á través del velo que cubre

los misterios de su vida íntima. En todas partes he encontrado, como Bruyere, sepulcros blanqueados. A pesar de las apariencias engañosas, y los disfraces más ó ménos hábiles, tienen todos un lenguaje que no engaña, y es el de sus obras. Este lenguaje dice la última palabra de lo que ellos llaman sus teorías científicas, y yo llamo su odio á la verdad.

»He consultado ese lenguaje en todos los negadores de lo sobrenatural, solidarios, positivistas, materialistas, masones masculinos y femeninos, no sólo en Francia y Bélgica, sino también en Alemania, Inglaterra é Italia. La profesion secreta de su fe filosófica es invariablemente la misma. *La incredulidad no es más que una careta; la realidad es que nosotros queremos poder deslizarnos á nuestro gusto en el sensualismo y dormir á pierna suelta en el lodo*».

Es la traduccion libre, pero exacta, de lo que piden los espíritus impuros en el Evangelio. *Mitte nos in porcos.*

Cuando un adversario se acoge á semejante refugio, no se le combate ya, se le deja allí.

Tu afectísimo...

Potsdata. — Me acaban de contar una anécdota, que te envío como ramillete de mis últimas cartas. El otro día, uno de los camaradas de Vacher reci-

bió el grado de doctor en medicina. Por la noche se presentó en cierto salon , y delante de unas veinte personas se permitió negar la existencia del alma y hacer profesion de materialista.

Después de haberle oído algunos instantes, un anciano levantó la voz y le interrumpió en estos términos: «Está usted diciendo que desde hoy es doctor en medicina; pero se equivoca usted.— ¡Cómo! Llevo el título en el bolsillo.—Se equivoca usted; no es título de doctor en medicina, sino en veterinaria. Supuesto que no tenemos alma, ya no hay médicos, sólo hay albéitares; y usted y sus compinches, albéitares son y no otra cosa».

Si le hubiera caído un rayo á dos deditos de donde estaba, no se hubiera quedado el descreído Galeño más aturdido. La risa general le hizo entender que no le quedaba más partido que callar y retirarse. Así lo hizo, y no pudo hacer cosa mejor.

CARTA DÉCIMACUARTA.

SUMARIO: Segundo fin de nuestra correspondencia: consolar.—La muerte no es la muerte.—Horrible pesadilla que se quita.—Inmenso consuelo.—Admirable enseñanza de la Iglesia.—El pasaporte.—El restablecimiento de la salud espiritual.—El Viático.—La orden de partir.—La escolta.—Los cantos.—El cementerio.—El cristiano ante la muerte.—San Agustín.—San Luis.—El día de la muerte, llamado del nacimiento.

QUERIDO AMIGO:

Hasta aquí hemos visto el lado triste de la vida; vamos á ver el alegre: para cumplir lo prometido, debo ponértelo á la vista. Desde el principio de nuestra correspondencia te anuncié que su fin principal era *desengañar* á los que toman esta vida por la vida verdadera. Parece que lo hemos conseguido. *Consolar* á los que con nosotros cruzan este valle de lágrimas, y consolarnos á nosotros mismos, es el segundo objeto de mis deseos. Tiempo es de que nos ocupemos de él. Todo el oro del mundo daría yo por lograr hacer este beneficio, tanto más necesario, cuanto que sin excepcion todos tienen necesidad de